

El monstruo de las frambuesas



Mario Méndez

El monstruo de las frambuesas



I

El despertador sonó a las ocho de la mañana, estridentemente. Ernesto, que había tardado en dormirse, no lo oyó. El reloj era uno de esos que suenan una vez, se detienen unos segundos y luego vuelven a sonar; así por seis veces. Ernesto lo había comprado especialmente, porque era de sueño pesado. La segunda vez que sonó la campanilla rezongó en la cama y todavía sin despertarse se tapó la cabeza con la almohada. A la tercera, por fin, sacó una mano de la cama y manoteando a oscuras la mesa de luz (pues todavía no había abierto los ojos) golpeó el reloj, haciéndolo caer al piso. Junto con el ruido del despertador golpeando en el piso de madera subió hasta la cama un grito entre asustado y enojado.

—¡Ey, más cuidado, caballero!

—¡Perdón! —dijo automáticamente Ernesto, que todavía estaba medio dormido. Pero enseguida reaccionó.

—¿Quién anda acá? —preguntó enojado, mientras agarraba las sábanas para taparse. No le parecía nada bien que alguien se metiera en su cuarto sin permiso.

—Aquí, señor mío, por favor —contestó la amable voz.

—¿Dónde? —preguntó Ernesto recorriendo con la vista la habitación, que al parecer estaba vacía. Frente a él la ventana tenía las hojas abiertas tal como habían quedado la noche anterior y sobre la mesa, también abierta, estaba la valija con la escasa ropa que Ernesto llevaba en sus viajes. En la silla estaba colgado el pantalón y el único ser viviente era una arañita que subía lentamente por su tela hasta el

foquito de la luz. Ernesto miró a la araña, desconcertado. La voz volvió a sonar.

–Caballero, no pensará usted que es la araña la que le habla, ¿verdad?

–¡Por supuesto que no! –rió Ernesto–. Pero ¿dónde está usted?

–Aquí abajo, si es tan amable de asomarse...

–Si, claro –dijo Ernesto, convencido por la buena educación de la agradable y un tanto aguda voz.

Se asomó y entonces sí su mirada encontró otra mirada, la franca mirada de unos ojos oscuros y brillantes. La mirada de un hombrecito que no pasaba los treinta centímetros de altura, arrebujado en una capa negra que le llegaba hasta los pies, calzado con unas puntiagudas botas rojas y tocado con un sombrero de fieltro negro arrugado y altísimo, casi tan alto como todo el hombrecito.

Ernesto lo miró, abrió la boca y la dejó así abierta, sin decir nada. ¿Qué se puede decir en semejante caso?

El hombrecito, dueño de la situación, se sentó ceremoniosamente sobre el reloj despertador que le había caído muy cerca y retomó la palabra.

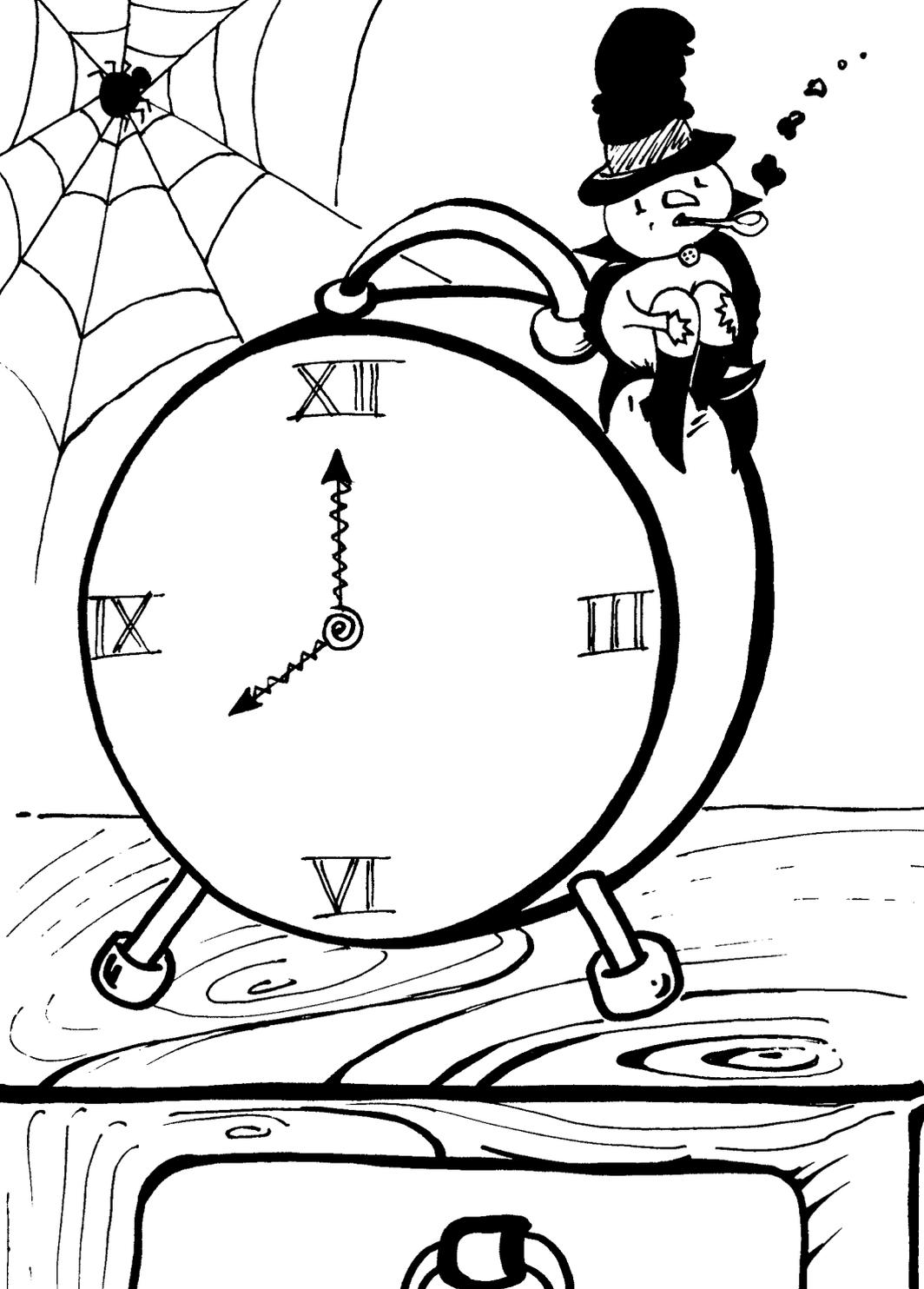
–¿Le molesta si fumo, caballero? –dijo, al tiempo que sacaba de debajo de su capa una graciosa pipa de madera y la llenaba con unas hojas molidas que llevaba colgando en una diminuta bolsita enganchada en el cinto.

–Tabaco de hoja –dijo–. El mejor que conozco. ¿Lo ha probado?

Ernesto negó con la cabeza, mudo todavía, los ojos inmensamente abiertos.

–Perdón –se impacientó el hombrecito–. ¿No piensa usted dirigirme la palabra? Ernesto tragó saliva, carraspeó dos veces y al fin logró que la voz le saliera.

–¿Quién es usted?



–Guillaumín de Fresquet –dijo el hombrecito, sacándose el alto sombrero con una reverencia–. Los amigos, y espero contarlos a usted entre ellos, suelen llamarme Gui.

–¿Pero... qué es? –preguntó nuevamente Ernesto.

–¿Qué es qué? –respondió perplejo el hombrecito, sin poder entender a qué se estaba refiriendo Ernesto.

–Nada, nada –dijo Ernesto–. Yo soy Ernesto Farías, viajante de comercio. Y me parece que la cerveza de anoche me cayó muy mal.

–Oh, sí –asintió gravemente Guillaumín de Fresquet, Gui para los amigos–. Hay que cuidarse de los excesos.

Ernesto cerró los ojos. Nerviosamente se tocó la frente y luego estiró la mano y agarró un vaso de agua que había dejado sobre la mesa de luz. Se lo tomó de un solo trago, dejó el vaso vacío en la mesita y volviéndose a acostar cerró los ojos con fuerza. Estoy loco, se dijo. No puede ser. Debo de estar dormido. Eso. Estoy dormido. Seguramente voy a despertarme y voy a encontrar la arañita colgando, y la ropa, y los muebles, claro. Nada de esto está pasando. No es cierto el olor a tabaco que estoy sintiendo. No es posible que esté oyendo esas chupadas a una pipa que no existe. Ernesto pensaba todo esto sin sacarse las manos de la cabeza. Esperó un poco. No quería abrir los ojos, pero al fin tuvo que hacerlo. Una vez más paseó su mirada por la habitación; miró el cielorraso y vio un cielorraso común y corriente; miró la valija abierta sobre la mesa y no vio en ella nada raro; llevó la mirada hasta el foquito y vio que la araña ya había terminado de subir por su tela. Miró otra vez hacia abajo y le pareció ver unas pequeñísimas volutas de humo. Cerró los ojos y los volvió a abrir. Sí. Había humo. Se sentó de un salto y miró al piso.

–¡Epa, mi amigo! –exclamó Guillaumín, sobresaltado–. ¡Qué manera de despertarse!